

FEDERICO REAÑO

170
17

MINIATURAS

CRÓNICAS RÁPIDAS

Con un soneto preliminar

de Julio Acha



== CÁCERES: 1915 ==

: : TIP. LA MINERVA : :

: 41, Plaza Mayor, 41 :



175-2509

206	u	209	

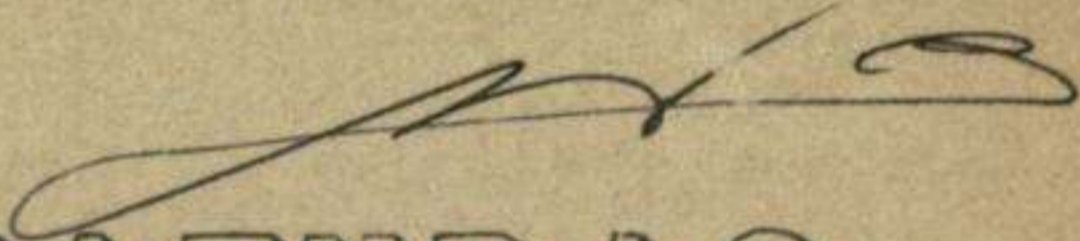
2

57257

Para el

Ateneo de Caracas

Sudoriso Reaun

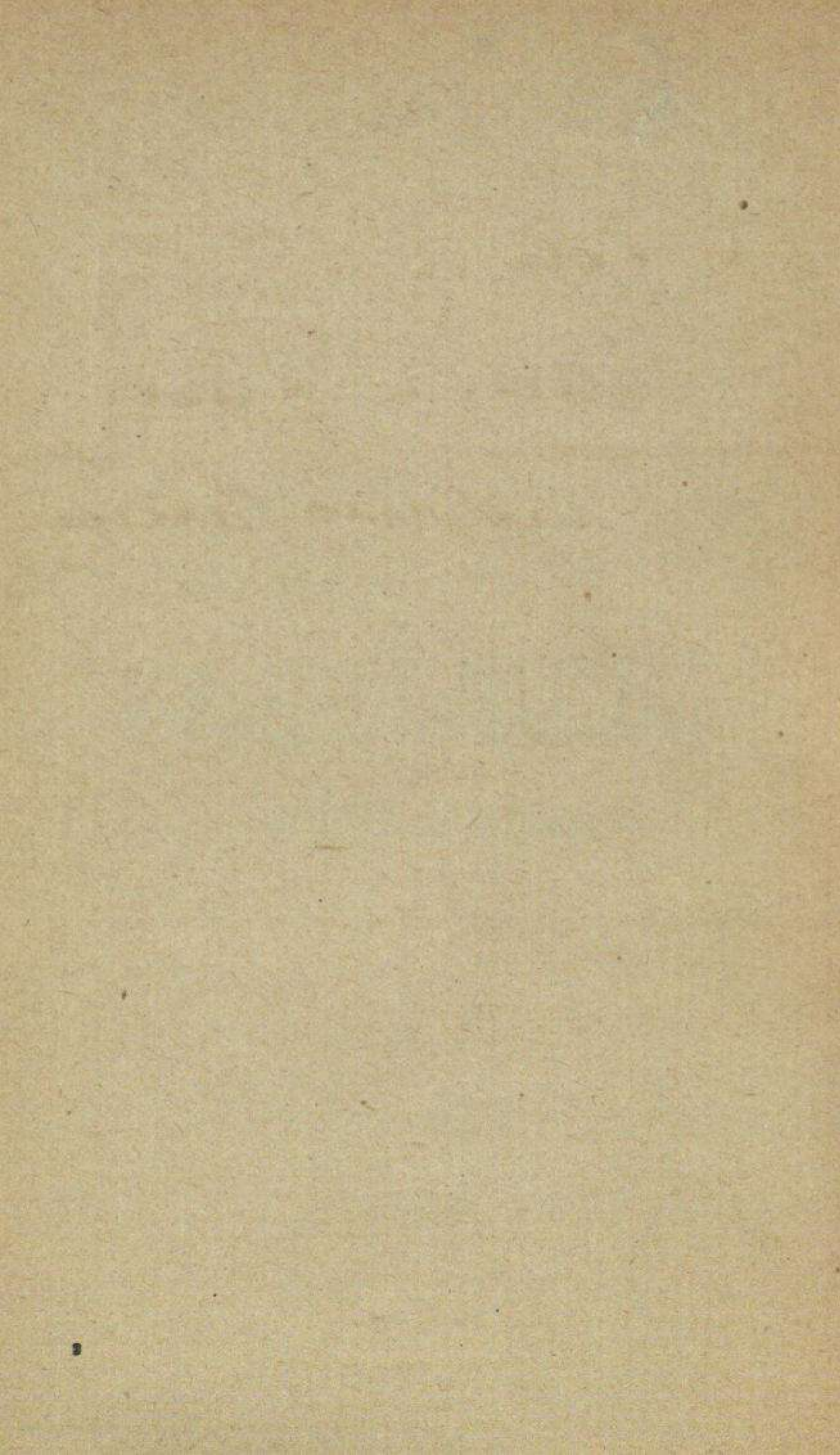


MINIATURAS

(CRÓNICAS RÁPIDAS)

57257 59147

CB 1065599



FEDERICO BEAÑO

MINIATURAS

CRÓNICAS RÁPIDAS

Con un soneto preliminar

de Julio Acha



== CÁCERES 1915 ==

:: TIP. LA MINERVA ::

: 41, Plaza Mayor, 41 :

206	m	209	

OBRAS DEL AUTOR

En tierra extremeña.

Teresina.

Amor burlón.

Cuentos al minuto.

Grase que se era.

Los consuegros.

El hijo del editor.

Las dos sendas.

De la tierra extremeña.

El bueno de Pulpejo.

Miniaturas.

A

CIPRIANO CAMPILLO

pequeña prueba de la amistad sincera e invariable que le profesa

El Autor.

A MODO DE PRÓLOGO

Elogio de "Miniaturas"

y de Federico Reaño

*He leído tu libro «Miniaturas»
y de veras te digo, Federico,
que en ellas luce tu fecundo y rico
estilo de primor y galanuras.*

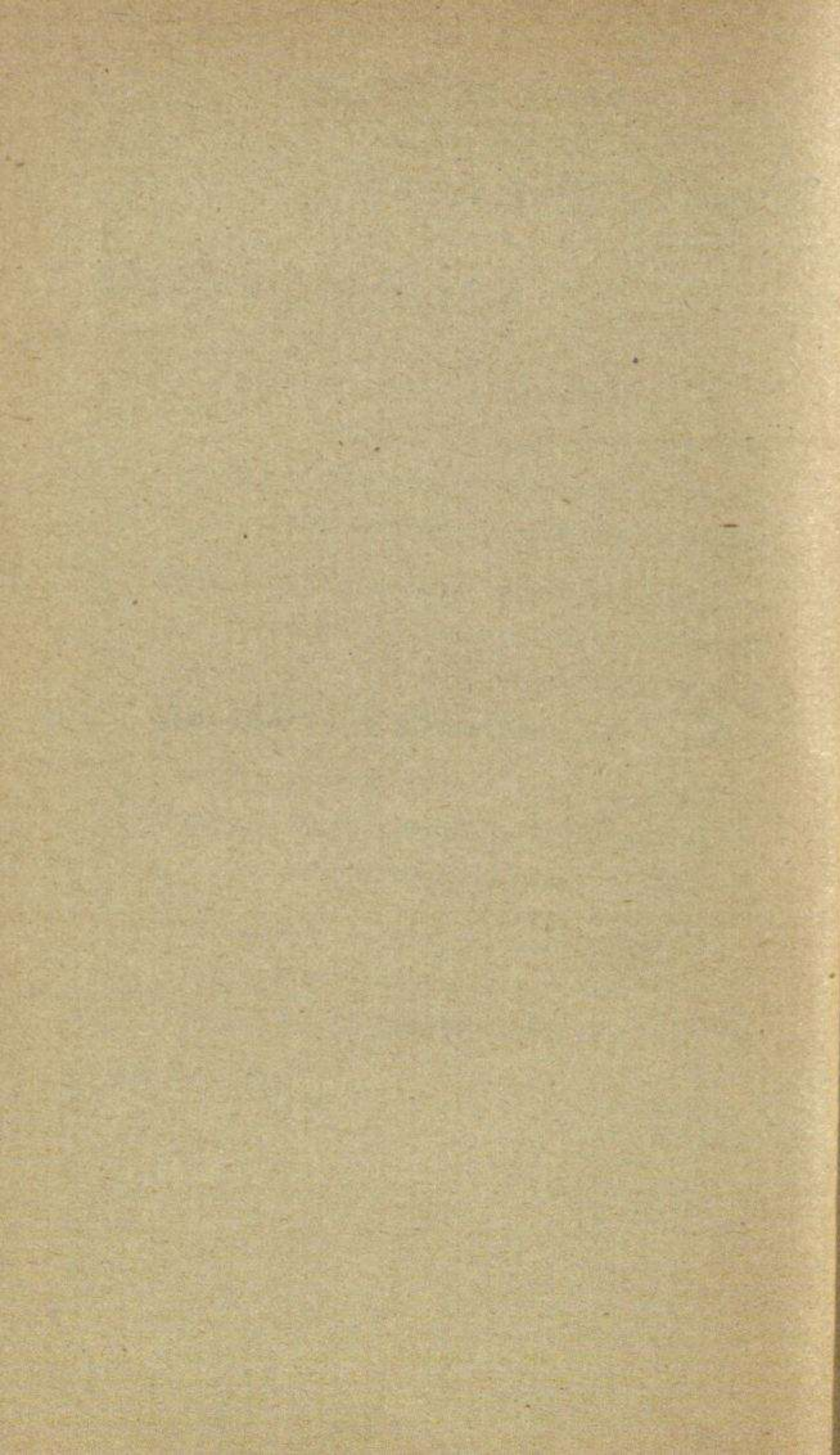
*Con esas breves y jugosas crónicas
tu musa viste ropas diferentes
y son tus quejas, sobrias y dolientes,
y tus risas, punzantes y sardónicas.*

*Tu ingenio tiene la donosa suerte
de hacer fácil, amena, clara y fuerte,
la difícil labor miniaturista.*

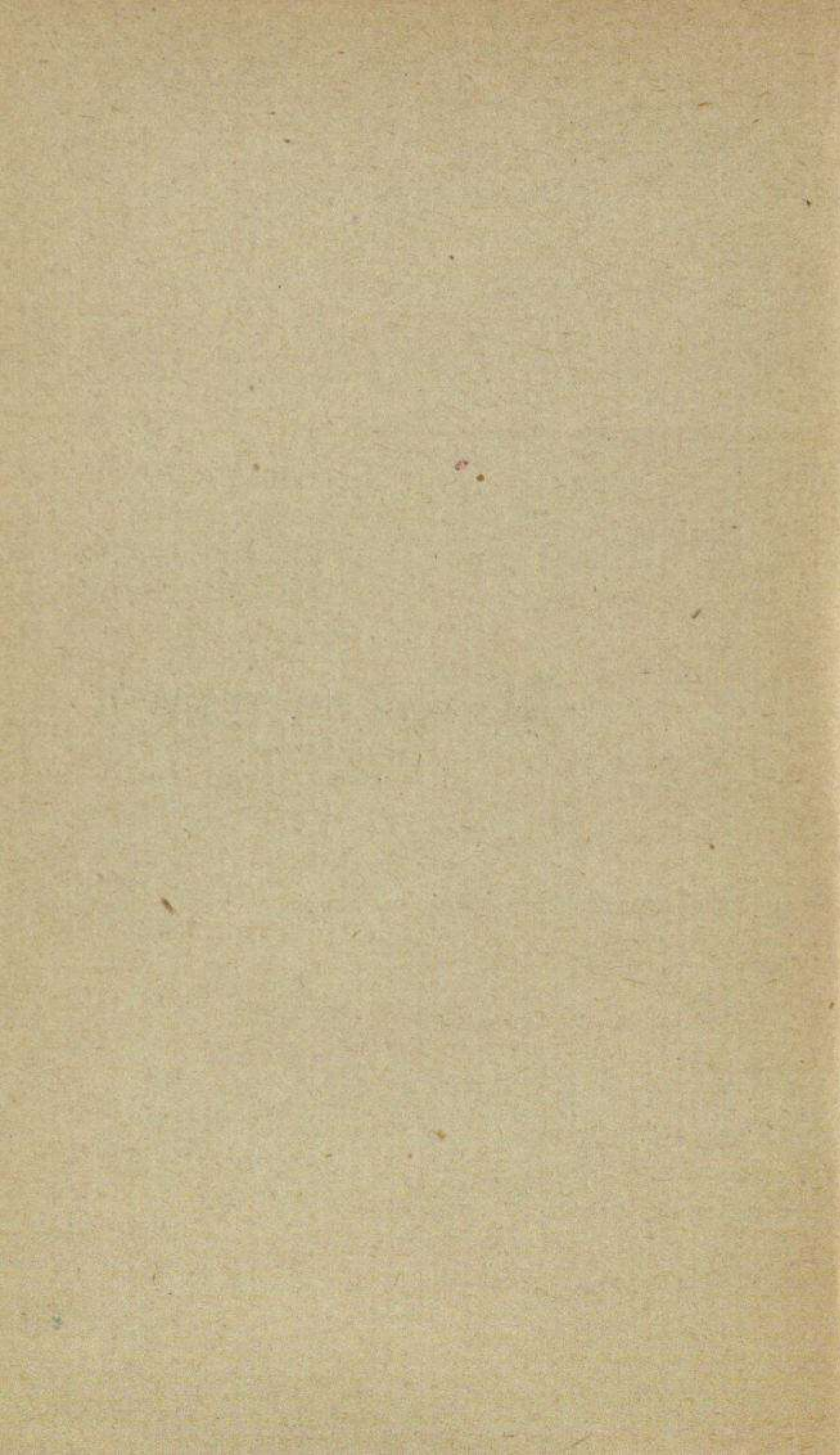
*Y deja en cada página escondido
—entre burlas y veras— un latido
tu corazón sentimental de artista.*

Julio Acha.

Cáceres, 1915.



MINIATURAS



LA CANTAORA

La atmósfera del cafetucho, densa, maloliente, es irrespirable; parece que un nubarrón de verano flota a ras del suelo. Sobre el tablado, junto al *tocaor*, feo y pecososo de viruelas, se halla sentada la *cantaora* esperando que el hombre de la guitarra le dé la entrada para lanzar la copla que mentalmente repasa... El feo, mientras mastica un puro que tiene en la boca, hace filigranas con los dedos, arrancando al panzudo instrumento unas escalas y falseatas que no son oídas porque antes de nacer las apaga el ruido zumbador del público que llena el local, público heterogéneo, crapuloso, canalla.

El *tocaor* levanta la cabeza, hace una mueca y pronuncia el sacramental—«¡Ar-sa, niña!»—A seguida se oye un ¡ay! prolongado, como la caricatura de un quejido; es el preludio, el toque de atención. Se hace el silencio y una voz hombruna canta una copla triste, melancólica... y ridícula. Los olés y los relinchos del *publiquito* es-

tallan al cesar el canto, ensordeciendo las escalas y falsetas del *tocaor*.

La *cantaora* desciende del tablado enseñando descaradamente las piernas al bajar. Se sienta en un diván junto a una mesa... Y aquella mujeruca encanallada, sacerdotisa del vicio, llora. A sus ojos asoman dos lágrimas que en su amargor encierran, seguramente, el secreto de una vida de dolor y angustia. ¡Pobre *cantaora*!

Uno de los parroquianos la pregunta:

—¿Tiene usted penas escondidas, prenda?

A lo que la voz aguardentosa de la desgraciada responde con tono desabrido:

—No es por *áhi*, mi niño... Es que me está saliendo una rija aquí en el ojo, sobre *semejante* parte que... ¡mardita sea mi estampa!...

HOMBRES Y PÁJAROS

La aviación sigue causando víctimas inmoladas en el altar del Progreso. El hombre no se satisface ya con cruzar la tierra a velocidades prodigiosas ni con surcar los mares en potentes y gigantescas masas flotantes. Ambiciona hacerse dueño de los espacios.

Las grandes conquistas de la Humanidad han costado siempre torrentes de sangre, y con este noble propósito de adueñarse de las altas mansiones va aumentando la gloriosa lista de mártires de la ciencia. Hoy sucumbe uno, ayer otro, otro mañana...

Y, entretanto, desde las alturas, contemplando esas catástrofes, los gorriones —pájaros *golfos*— sonríen burlonamente...

¡BAH!...

Tenemos la suerte o la desgracia de vivir en el país del «¡Bah!...» Y esta interjección, a la que acompaña un ligero encogimiento de hombros, nos retrata de cuerpo entero.

Es nuestra vida, imprevisora en grado sumo; se nos ofrece a veces algo insólito que en plazo fijo ha de perjudicarnos, vemos que el plazo expira, que va a llegar lo que tememos, y seguimos nuestra vida cotidiana con el «¡Bah!...» en los labios.

Esto es frivolidad; si no fuéramos frívolos y confiados, nos sería imposible la vida. Confiamos en el influyente amigo o conocido, en el azar y hasta en la lotería. ¡Oh rémora de España!

Además...

Pero dejémonos de filosofías que a nada conducen, y encogiendo los hombros, digamos indiferentes:

—¡¡Bah!!...

IV

EMIGRANTES

La bocina del vapor lanza un adiós triste, lamentoso, y la inmensa mole flotante comienza a internarse mar adentro.

Recibió la cargazón de emigrantes. En los sollados de proa se hacinan los desgraciados aventureros que marchan a tierras extrañas anhelantes de vida, de trabajo...

Y el buque acelera su marcha, resoplando, como si tuviera prisa por ocultar tras del horizonte la vergüenza que en su quilla lleva encerrada.

Entretanto, las gaviotas vuelan raudas en derredor del barco, describiendo en el espacio, a ras de las olas, curvas y círculos como signos interrogantes que preguntaran:

—¿Volverán?...

LA ERA

La flama que de la tierra se desprende es axfisiante, y en el ambiente flota un vaho calentón saturado de polvillo que daña los pulmones. Ni un rumor se percibe en todo el ejido ocupado por montones de mieses rubias y doradas.

Allá en un alto, en anfiteatro, el pueblo silencioso parece atisbar con atención de avaro las faenas pesadas y laboriosas. A un lado, la laguna mansa y tranquila parece un espejo bruñido por la quemante caricia de los rayos del sol estival.

En las manchas de sombra que proyectan los amontonados haces sestean los trabajadores, los pobres trabajadores, tostados, aniquilados lentamente por aquel calor pegajoso y sofocante.

.....

 ¡Y hay quien dice que el pan es caro!...

LA PLAZA DE LA ALDEA

Las viejas y humildes casucas reciben la luz solar como una bendición del cielo. Un nimbo de paz y quietud flota en el ambiente sereno, y en los vetustos soportales de Consistorio unos cuantos chiquillos desarrapados corretean alegremente.

El viejo reloj, desde su pintarrajeada torrecilla, desgrana campanadas lentas y hastiosas regulando los cotidianos quehaceres de la gente aldeana, y de vez en vez se escuchan las esquilas de los ganados que pastan en los cercanos alcores.

Las mujeres hacendosas y pacienczudas remiendan y cosen trapos á las puertas de sus viviendas: todo parece sumirse en una laxitud soñolienta, y allá en un rincón, un gallo arrogante, de cresta de coral, picotea zalamero llamando á las gallinas...

VII

LA HUMANIDAD Y LA ESTÉTICA

Muchos creen que la humanidad es enemiga de la estética...

He visto á un mendigo implorar la caridad pública, y observándole de lejos durante largo rato, he visto que nadie le daba lo que anhelante pedía: *una limosna por Dios.*

Y el mendigo aquel era *antiestético*, por decirlo así; no *halagaba* la vista de los transeuntes que por delante de él desfilaban, no tenía cara de pedir limosna, no inspiraba compasión á nadie, por *antiestético* precisamente.

Era alto, gordo y grasoso, coloradote, de cejas fruncidas naturalmente sin esfuerzo muscular, feo, muy feo, de aspecto antipático, y su voz—doliente y plañidera como la de todo necesitado—era áspera,

aflautada, chillona... Le hablé y quedé convencido de que era un pobre diablo tan digno como el que más de ser socorrido por las almas piadosas.

Pero ¡nada!, era *antiestético*, y la humanidad quiere las cosas en su punto.

CUESTIÓN DE PRENDAS

Constantemente leemos una frase que ya ha tomado carta de naturaleza entre nosotros, la cual frase es un *cliché* obligadísimo que nunca falla: «¡La honrada blusa del obrero!»

Bien está el elogio y bien está la figura retórica. Pero es digno de notar que el adjetivo antepuesto a dicha prenda nunca se aplica ni a la americana del empleado, ni a la sotana del cura, ni a la levita del rico, ni a la toga del abogado ni a la guerrera del militar.

Hay frases que nacen con fortuna como le sucede a la citada. Indudablemente quedó convertida en frase usual porque *suená bien*, pues no hay para suponer que la preferición de la americana, de la sotana, de la levita, de la toga y de la guerrera obedezca a que la blusa sea honrada y las otras no. Cada uno es cada uno... ¡Y sobre todo, que el hábito no hace al monje, como dijo *el otro!*...

VANITAS, VANITATUM...

Todo es vanidad en este pícaro mundo, nada más que vanidad.

Pero ninguna de las vanidades humanas es tan ridícula como la vanidad de ultratumba que tanto se usa para *andar por casa*.

Ved los alardes de lujo con que muchos son llevados a su última morada; contemplad los soberbios mausoleos que profanan la humildad de los cementerios... y sonreid burlonamente.

El potentado que durante su vida regalona nada hizo por sus semejantes, descansa entre costosos mármoles, artísticamente esculpidos ¡como si por esa lujosa y soberbia ostentación se hubiera de sustraer al olvido de la humanidad que nada tuvo que agradecerle!... Una cruz humilde, un azulejo, invitan a la oración; un monumento suntuoso invita solo a la contemplación, a la admiración. En cambio, la familia del *mausoleado* se luce más que la del *crucificado*.

¡Vanitas, vanitatum et omnia vanitas!...

¡BOLSA DEL TRABAJO!

La lectura de la sección de ofertas y demandas de cualquier rotativo, sección que algunos periódicos titulan *Bolsa del trabajo*, produce en el alma menos impresionable, una intensa sensación de dolor, de amargura...

En sus líneas cortas y apretadas aparecen las súplicas de muchos desgraciados que ansiosos de trabajar desfallecen por falta de medios para lograrlo. Diríase que a través de cada demanda se adivina una mano que implora una limosna.

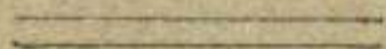
Desde el abogado que solicita un destino cualquiera, incluso el de *lacayo*, hasta el maestro superior que ofrece sus servicios por *sólo la comida*, (1) hay en esas columnas de los periódicos eternos poemas dolorosos que flagelan el alma con los latigazos de la miseria.

(1) Verídico.

¿Comentarios?... ¡No hacen falta!

Los que allí suplican y piden, los harán. Los que allí no acuden demandando trabajo y protección, no tienen por qué comentarlo, ni parar su atención en semejantes pequeñeces...

¡Llega muy cansada la vista a la última página del periódico, después de haber leído todo lo anterior!



EL JUEGO

Se dice que el Gobierno trata de reglamentar el *juego*, y algunos espíritus timoratos cogen el cielo con las manos escandalizados ante tamaña monstruosidad.

¿No está reglamentada la lotería, que es un juego como otro cualquiera, acaso el peor de todos? Pues entonces...

Esos mismos espíritus creen que el juego es desmoralizador y anticristiano. ¡Qué ha de ser! El afortunado mortal que posee el décimo premiado con el *gordo*, murmura *in mente*: ¡Gracias a Dios! y el que no ve su número premiado compra otro y eleva otra plegaria mental diciendo: ¡A ver si Dios quiere!

En el mismo caso que los jugadores de lotería están los jugadores de *azar*. ¿Es esto cierto?

Ha dicho no sé quien, que comprar un décimo de la lotería es tomar un billete de ida y vuelta al Ideal... Lo mismo le sucede

al jugador; viaja por los espacios imaginarios hasta que le tiran la contraria.

¿Qué importa, pues, que se reglamente el juego? ¿No puede valerse de ese medio la Providencia para premiar a los buenos y castigar a los malos?

¿Sí?... ¡Pues hagan juego, señores!

FOMENTO DEL PECADO

En todas las circunstancias difíciles porque atraviesa la Patria, parece surgir la hermosa figura «mujer» rodeada de un nimbo pleno de destellos de caridad y filantropía y abnegación.

Mientras los hombres sucumben bajo la implacable presión del Destino, *ellas*, con el corazón rebosante de bondad, hacen algo más que llorar los infortunios.

En pueblos, en capitales se las ve agruparse solícitas, abnegadas, aportando a la hermosa caridad nacional el óbolo de sus corazones generosos.

E ingenuas y animosas sólo piensan en remediar y aliviar cuitas y desgracias ajenas.

¡Así labora en toda ocasión aflictiva la mujer, la bella mitad del género humano, que San Agustín calificó, severo, como «fomento del pecado»!...

XIII

TODOS FILÓSOFOS

Indudablemente todos somos filósofos...

Todos, pobres y ricos, nobles y plebeyos tenemos en algún rincón de nuestra alma una dosis más o menos grande de filosofía que esteriorizamos en cualquier momento.

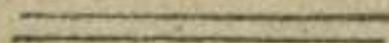
Escribe el literato, filosofando; filosofando lee el público y hasta el analfabeto, el inculto, filosofa a su modo cuando llega la ocasión.

Tanto en la filosofía espiritual y graciosa de Schopenhauer como en el comentario insubstancial de cualquier frívolo, tenemos algo que aprender, algo que parece haber sido en alguna ocasión modelado en nuestro espíritu.

Filosofar, meditar, amoldar nuestro carácter a lo que debe ser, no a lo que es...

He ahí una consecuencia que parece desprenderse de esta filosofía—¡oh modestia!—de *vuelo bajo*...

¡Indudablemente, todos somos filósofos!...



XIV

DEMOCRACIA

Hay quien afirma que *democracia* es la palabra más insulsa que se ha inventado. Esto —claro está— es una afirmación verdadera o una suposición gratuita.

Hay *democracia* y *democracia*, distinguiendo.

La que es un resultado del progreso, la que es una especie de benevolencia de los unos para los otros, esa es buena, útil y necesaria; se la puede adjetivar encomiásticamente.

La otra, que es la misma adulterada por la política, que tiende al dominio de la masa y que es un absolutismo disfrazado, no merece en verdad adjetivos encomiásticos.

¿Debemos profesar las ideas de la primera?... Es indudable, pero ¡es tan fácil caer insensiblemente de lleno dentro de la segunda!

Porque... ¡hay *democracia* y *democracia*!

EL ÁRBOL DE LA PATRIA

Los utopistas de la política desean una España rica, feliz y grande, innovando todo cuanto sea susceptible de innovarse, desterrando por completo todo lo antiguo que, con desdén olímpico, diputan como inútil, como rancio, como un freno a sus ideales.

No tienen en cuenta que para que seamos algo grande es preciso conocer lo que hemos sido, saber perfectamente nuestra historia sin parar mientes en leyendas y ficciones, y enlazar y relacionar nuestro pasado con el porvenir a que se aspira.

Después de tanto desastre, quedó la Patria como el tronco negruzco de un árbol descuajado por el vendabal de la fatalidad. Si en ese tronco hay savia y hay vida no tratemos de destruirle, de arrancarle para plantar en el mismo sitio otro tronco nuevo.

Cuidemos el tronco añoso, el pobre tronco caduco, y acaso vuelva a ser lo que fué un día: verde y floreciente...

SOÑAR Y LLORAR

Pasamos la *primera* mitad de la vida soñando con la *segunda*, y la *segunda*, llorando y suspirando por la *primera*, ha dicho un filósofo.

— ¡Si volviera á nacer!—decimos apenas hemos traspuesto la linde que separa la edad juvenil de la edad madura.

Y lloramos y nos lamentamos de no haber aprovechado mejor el tiempo, viendo como el poeta que «cualquiera tiempo pasado, fué mejor».

Palanca grande para el progreso de la humanidad sería *soñar* nobles ambiciones al empezar a vivir, y *reir* y *gozar* en el caso de la vida, con la satisfacción grande del deber cumplido.

Eso sería lo lógico, lo bueno, lo *decente*, pero... ¡cualquiera es capaz de echarle un remiendo a la condición humana!

SOCIALISMO

Hay espíritus pusilánimes para los cuales el socialismo es un fantasma aterrador, una constante pesadilla. Y esos mismos que tanto le temen, no han estudiado, no han visto, no han observado lo que los socialistas son en sí.

Hay socialistas de dos clases, categorías, agrupaciones o como quiera llamárseles: socialistas intelectuales y socialistas *no* intelectuales.

Aquellos, salvo excepciones, naturalmente y aparte también de los más o menos *vividores*, son en su mayoría genios tristes y soporíferos que no se limpian las uñas y que escriben sendos libros y largan filosóficas peroraciones, con el fin de demostrar las excelencias del socialismo... y de paso *ir viviendo*.

Los otros, los obreros... ¡Desgraciados e infelices ilusos que truenan contra la burguesía por la sencilla razón de que aspiran a ser los burgueses del porvenir!

Lo mismo los unos que los otros, son completamente inofensivos. No hay moti-

vo para considerarles como fantasmas aterradore.

¿Que tiran bombas? Bien, pero no es el socialismo el que arroja esos mortíferos artefactos. Las tiran los malos, los perversos, y sabido es que los instintos criminales anidan y arraigan en los miembros de cualquier colectividad, sea cual fuere su condición y doctrina.

XVIII

PARADOJA

¿Es la riqueza la felicidad en esta vida?

¿Es la riqueza el ideal de todos los mortales?... ¡Responda el cielo y no yo!, como dice D. Juan Tenorio cuando se tira de cabeza al caudaloso Betis.

Gorki, el famoso Gorki, afirma que los ricos son pobres porque así nadie les ama.

A poco que ahondemos en este pensamiento del célebre ruso, el *poeta de los vagabundos*, como muchos le llaman, el *explorador* de la sociedad, según otros, hemos de encontrar en su fondo una amarga filosofía... y una paradoja como un templo.

Si los ricos no son amados ¿no es lógico suponer que el origen de esa falta de amor sea la envidia... de los pobres?

¡Los ricos son pobres! Sí, sí... ¡Que les vayan con eso a los *pobres* que no son *ricos*!

HIPERBOLISMO

Sufrimos los españoles, actualmente, un ataque agudo de hiperbolismo.

En todas las manifestaciones del vivir se observa esa *enfermedad*; en la política, en la literatura y hasta en la vida tranquila y prosaica.

¿Qué literato no hiperboliza al lanzar su fantasía por los espacios imaginarios? ¿Qué político no tiene su correspondiente desplante hiperbólico?

Esto, que alguien ha llamado *endemia nacional*, parece incurable, dado nuestro modo de ser. Es nuestra imaginación como los gases, que tienden siempre a ocupar más espacio... Somos todos *hiperbolistísimos*... ¡y vaya hipérbole!...

X X

ENEMIGOS Y PENAS

Es indudable que todos, sin excepción, en el caminar fatigoso de la vida, encontramos enemigos grandes y pequeños, y es también cierto que por inexplicable instinto tememos grandemente a los primeros y despreciamos a los segundos.

Error crasísimo es éste.

Al enemigo poderoso lo vemos desde lejos y, o nos preparamos convenientemente para la victoria, o tocamos prudentemente retirada...

Al enemigo pequeño no le vemos hasta que nos causa el daño.

Sucede con los enemigos lo que con las penas.

Ya lo dijo el poeta:

«Las penas pequeñas
son las que hacen daño,
que las penas grandes, o matan de pronto
o pasan de largo».

OBREROS HUMILDES

Alumbraba el sol invernal con su luz radiante, pero un vientecillo sutil, seco, crispador, entraba hasta los huesos. En el olivar, a trechos salpicado por manchas blanquecinas de escarcha, hormigueaban hombres y mujeres vareando aceitunas y recogién-dolas cachazudamente del suelo. Las manos de las mujeres estaban agarrotadas, rígidas por el frío.

—¿Qué jornal ganan ustedes?—pregunté a una de ellas.

—Los hombres, cinco reales, y nosotras doce *perras*.

Me quedé suspenso admirando aquellos pobres seres que por un jornal tan mezquino trabajaban de sol a sol, contentos, satisfechos, animosos... Luego me acordé de eso que llaman *anarquismo*, y al pasar por mi imaginación la figura del predicador aburguesado Pablo Iglesias... ¡me sonreí!...

SALUDO AL PROGRESO

El tren avanza resoplando como un titán, plenos de vapor sus pulmones de acero. Los campos ubérrimos y fecundos se extienden á los dos lados de la vía y por ellos ondula el monstruo con rapidez vertiginosa. Desde el vagón se divisa el pintoresco paisaje que desfila ante los ojos como visión de relámpago. Suben y bajan los hilos del telégrafo mientras parecen amenazar como manchas que nublan la vista los postes que los sustentan.

Un silbido agudo, estridente y prolongado a modo de saludo, anuncia que el titán llega a un pueblo, a una estación. El panorama antes monótono, semi salvaje, tórna-se más variado; está próxima una ciudad y por doquiera se ven muestras palpables de civilización, de progreso... El convoy disminuye la marcha, el ruido isócrono de su trepidar se va extinguiendo. De pronto, un griterío espantoso se percibe y desvanece como una ráfaga de aire... Es que un grupo de mozos, de habitantes de la ciudad culta y civilizada saludan al tren, al *símbolo del progreso*, con un *relincho*...

NIÑERÍAS

Los veía todas las tardes en el paseo. Ella era rubia, de carita de angel, de ojos de madrigal. El era moreno, fuerte, simpático.

Jugaban siempre juntos. A veces interrumpían el juego y se sentaban el uno al lado del otro y cuchicheaban como si fueran novios. Indudablemente sus almitas de diez años sabían amar.

Pasó algún tiempo y no volví a ver al niño. La niña jugaba con otros niños de su edad. Un día la llamé.

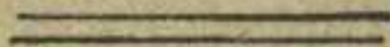
—¿Y tu amiguito?

—Se ha muerto—me respondió.

Y a sus ojos *claros y serenos* asomaron dos lágrimas...

Enseguida, en brusca transición, como atraída por la ruidosa alegría de sus compañeros, continuó corriendo y jugando. Se había borrado de su imaginación el recuer-

do del muerto, lo mismo que se borrarían las huellas de las lágrimas que por él había dejado asomar á sus ojos. La ví alejarse y continué mi paseo meditando... ¡Una lágrima que se evapora es en todas las edades el tributo rendido al amor que muere!



¡LLEGÓ EL INVIERNO!

Llegó el invierno...

Los campos que en la primavera han de mostrar su verdura y lozanía, aparecen mustios, como aletargados, envueltos en el sudario de la nieve que descende mansa y pausada del cielo gris.

No hay cánticos alegres de pajarillos... Los árboles, rígidos, con las ramas ennegrecidas, sin hojas, parecen mudos esqueletos.

El sol no dora la campiña triste. Las fuentes murmuradoras y cantarinas enmudecen con su coraza de hielo.

Todo es lúgubre y tristón, todo es monótono, todo es sombrío...

¡Llegó el invierno...!

.....

Si no se ha dicho esto o algo parecido doscientos millones de veces, no se ha dicho ninguna. ¡Palabra de honor!...

DECÍA LARRA

Decía Larra que hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se desparraman por toda una nación.

Tenemos infinidad de frases de esas, y todas ellas retratan perfectamente nuestro carácter. Solemos decir: «¡Cosas de Fulano!» y ya con decir eso disculpamos todo lo que Fulano haga, aunque esas cosas sean las mayores picardías de este mundo.

Decimos también: «¡Cosas de España!» y con decirlo nos parece haber cumplido con nuestro deber de patriotas...

¡Y ños quedamos tan tranquilos al decirlo; en lugar de procurar que ni Fulano ni España tuvieran esas *cosas*!

Somos así. ¿Qué le hemos de hacer? Tal y como es nuestra vida, sería preciso hacer algo que quizás no conozcamos para efectuar en ella un cambio radical, que, al paso que vamos, nunca hemos de conseguir.

Y así seguiremos viviendo... ¡¡Cosas de la vida!!...

AMOR MONEDA

Mentir cariño á una mujer ingénua y enamorada, es como depositar una moneda falsa en la mano de un ciego que pide limosna...

Las tragedias del amor en las que la mujer toma venganza terrible del amante, obedecen á la vergüenza del engaño. El amor propio femenino hace que la cabeza no pare mientes en la reflexión; con la misma fuerza que el alma femenina se expansiona al querer, se expansiona al odiar, y de ahí esas tragedias de las *mujeres que matan* que constantemente nos cuentan los periódicos.

La sensación que un pobre ciego—implorando la caridad con la mano extendida y suplicante—recibe al sentir el contacto de una moneda que le dan, es de alegría, de reconocimiento. La mujer, al creerse amada, pone toda su ilusión en quien la ama...

¿No es lógico que el amor se trueque en odio cuando se recibe *moneda falsa*?

MAQUINITAS

Según he leído no sé en donde, hay en los Estados Unidos un sabio extravagante, como suelen ser los sabios de por allá, que está dando los últimos toques a una máquina eléctrica que servirá para dar por todo el cuerpo corrientes de alegría, ilusión y optimismo (¡!).

En verdad que la *ideica* se las trae y si llegan a funcionar y a extenderse las tales maquinatas, pronto desaparecerá la literatura tristoná y fúnebre de esos escritores-sauces que á los veinte años todo lo ven negro, incluso el borde superior de sus uñas.

Fuera de ésto, no creo que en España tengan aplicación las tales corrientes... ¡Que les vengan con ilusión y optimismo a los millones de españoles que sueñan con el *gordo* de la Lotería!...

LA PASTORA

Ni un rumor turba la augusta calma de la Naturaleza. El ambiente saturado de perfumes campestres acaricia amoroso a la tierra fecunda que en su seno encierra los gérmenes de aquellos aromas.

Es la hora de la siesta. A la sombra de un olmo frondoso que un arroyuelo cristalino vivifica con el regalo de sus linfas, una gentil pastora reposa sobre la *hierba aljofarada* de un ribazo. Sus ojos velados están por sedosas pestañas; sus blondos cabellos son besados mansamente por el halago de la brisa. Parece en su tranquilo sueño la estatua yacente de la indolencia... ¿Es Amarilis, es Fílis, es Flérida?...

Acaso sea fiel trasunto de las bellas de la Arcadia, pero en la comarca toda, atiende por Robustiana Gutiérrez...

LA BOCA FEMENINA

La boca, uno de los más bellos encantos de la mujer, ha sido cantada por multitud de poetas antiguos y modernos de un modo que asusta al considerar los infinitos elogios que la han prodigado.

Desde el «rubí partido por gala en dos» hasta el «trono del beso», pasando por la «grana», el «clavel», el «dulce panal», la «fresa», la «bermeja herida», etc., etc., nada se han dejado en el tintero los panegiristas de la boca femenina.

Después de lo que todos han dicho de ella ¡cualquiera es capaz de ofrendarla un símil nuevo!

Y es que la boca de la mujer, inspiradora de innumerables pasiones, se lo merece todo, todo...

Mejor dicho, se lo merecería todo... ¡si no hablara!

XXX

LA LEY

Decía Montesquien que la ley es una tela de araña que enreda á las moscas y deja pasar á los moscardones. Sin profundizar mucho en este juicio, vemos dese luego que en él hay mucha verdad, mucha triste verdad.

Según Pío Baroja, la ley es como los perros. No ladra más que al que va mal vestido. ¡Triste verdad es también ésta, desgraciadamente!

Y teniendo en cuenta semejantes consideraciones de ambos pensadores, el cronista humilde que trataba de emitir su juicio modesto acerca de la ley, enmudece, y convencido con una convicción triste y amarga, sólo piensa en poder llegar á ser un *moscardón vestido decentemente...*

LA MUJER FILÓSOFA

Decía el profundo Descartes que juzgaba tan superior el talento de las mujeres, que las consideraba de mayores alcances que los hombres para el estudio de la filosofía; sin duda porque la filosofía es la curiosidad de las curiosidades y la mujer es extremadamente curiosa.

A pesar de ser esto una gran verdad, ningún talento femenino se ha dedicado hasta ahora a profundizar ninguna cuestión filosófica. La curiosidad innata en la mujer no para mientes en las cosas profundas; se fija sólo en las cosas triviales e insignificantes.

Después de todo, más vale así, porque ¡cualquiera aguantaba una conferencia de filosofía *latera* hablada por una lengua femenina!

BOXEO Y TOROS

Los rotativos de la corte nos traen la noticia de la muerte de un *boxeador* inglés a consecuencia de un formidable puñetazo que le *arreó* su adversario en un espectáculo público de *boxeo*.

Después de leída esta noticia, los comentarios suben atropelladamente a nuestros labios e insensiblemente vemos oscilar en nuestra imaginación una balanza en uno de cuyos platillos descansan «los tiempos de las bárbaras naciones» y en el otro «la civilización del siglo veinte», y observamos cómo poco a poco queda la balanza equilibrada en su fiel. ¡Oh progreso de las razas!...

Establezcamos un paralelo entre un *torreador* nuestro que muere sobre la candente arena del coso taurino, traspasado por el asta de un bruto, y un hijo de la culta Inglaterra que sucumbe a consecuen-

cia de un *mamporró* propinado por un semejante entre los *hurras* frenéticos del público.—Hagamos un detenido examen psicológico de ambos *sucesos* y digamos como el baturro del cuento:

—¡Más eres tú!...

EL REGRESO DE LOS SEGADORES

Es una noche tranquila, noche mansa. De la Naturaleza dormida parece surgir un vaho que asciende á los cielos en suaves oleadas que saturan el ambiente de placidez.

El andén de la estación está solitario. En el solemne silencio de la noche, sólo se oye de vez en cuando el rumor penetrante de algún timbre y el *trac trac* del manipulador del telégrafo. Las luces de los faroles colgados en el muro, parpadean como las estrellas en el firmamento, y su débil luz es velada por los cristales que la falta de limpieza hace casi intrasparentes.

Apartados del andén, envueltos en la semi-obscuridad, hacinados, hay unos hombres. Son los segadores, los infelices segadores gallegos que esperan la llegada del tren que ha de conducirlos á su tierra. De ella partieron ansiosos de ganar algunos

reales y a ella vuelven felices y contentos con el mezquino producto de su trabajo. Y allí, apartados de donde puedan molestar a sus semejantes, se agrupan en montón informe; de sus cuerpos recios se desprenden hedores vaporosos de sudor, del sudor mismo que regó los campos fecundos gota a gota mientras las mieses caían abatidas. A la escasa luz que hasta ellos llega, se ven brillar algunas hoces encorvadas, humildes, como los desgraciados que las manejan. Casi todos ellos velan esperando pacientes la llegada del tren; dos o tres mozuelos duermen sobre el suelo arenoso y duro, soñando con la rapaza que espera en el terruño... Y permanecen mudos y quietos horas y horas hasta que suena lejana una bocina y aparece en la obscura lejanía un punto rojo y luminoso.

El tren llega y la cuadrilla se pone en movimiento. Marchan todos juntos, como en rebaño, buscando donde acomodarse; algún empleado les empuja. Ellos, humildes, no protestan. Descarriado uno, trata de entrar en un coche de segunda. Recibe un tirón brusco de un brazo y oye que le dicen:

— Eso es mucho lujo... Anda, anda a la cola.

— *Ye verdá* — responde sonriente.

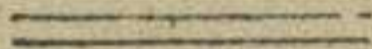
En algunas ventanillas aparecen caras de viajeros soñolientos. El ruido casi uniforme y acompasado de los zapatones de

madera, les despertó. Se oyen exclamaciones de desprecio y curiosidad:

— ¡Son los segadores!...

.....

A poco, emprende el tren la marcha, resoplando satisfecho por llevar en sus entrañas aquella grey sufrida y trabajadora. Sigue luego su carrera de titán por los silenciosos campos envueltos en sombras, mientras lanza un silbido estridente, como protestando de las miserias de la vida...



LOS APRENSIVOS

Viven *sin vivir en sí*, como decía el clásico. Ni un sólo momento disfrutan de tranquilidad, y constantemente ven sobre sus cabezas una espada suspendida por un hilo sutilísimo pronta a caer sobre ellos y acabar su miserable existencia con un volapié hasta la bola.

Constituyen una plaga de la que Dios nos libre. Tener un aprensivo en el seno de la familia es peor que disfrutarse un divieso en el cogote o en otro sitio más reservado.

Exageran hasta la hipérbole y serían capaces de agotar la paciencia al celeberrimo Don Job Gutiérrez, si tan santo varón se diera una vuelta por este bajo mundo.

Llevan al dedillo las estadísticas de las defunciones que publican los periódicos. Los que tienen hijos no les dejan asistir al colegio en cuanto creen que hay epidemia de algo, y si disfrutan algún empleo se *fuman* la oficina cuantas veces puedan para no contagiarse.

Además, no se limitan sólo a tener cuenta con sus personas, sino que tratan de llevar el pánico a sus deudos y amigos. A lo mejor está usted en el café y se le acerca un aprensivo a decirle con tono misterioso y profético:

—Eres un suicida.

—¿Por qué?

—Porque tomas leche con el café y sabe Dios qué leche será. La leche es la jaja de los microbios, el automóvil de las epidemias... ¡Ay que leche!

De pronto tose el parroquiano que está sentado enfrente, y el aprensivo, vuelto de espaldas a él, continúa en voz baja y con el terror retratado en el semblante:

—Aguanta la respiración siquiera cinco minutos, te lo suplico. Aquel caballero que está tosiendo tiene aspecto de tuberculoso.

Y encima de soportar aquella cataplasma hay que darle las gracias por el interés paternal que se toma por uno.

Conozco un padre de seis niños que tiene a los pobrecitos *escuchimizados*, según dice la criada, a fuerza de higiene. Constantemente les tiene puesto el termómetro clínico en el sobaco, tanto, que ya han criado callo á consecuencia del continuo roce.

—¿Tiene fiebre Pepito?—le pregunta la señora.

—Ya lo creo. Tiene casi media décima. Esto es el principio de una gástrica de las malas. Hay que atajarla.

Y le hace tragarse al muchacho dos onzas de aceite de ricino; después le aplica unas cuantas irrigaciones y le deja más suave que un guante.

Otros en cambio no emplean remedio alguno para sus dolencias imaginarias; sufren resignadamente y esperan de un momento a otro el trance fatal. Nos encontramos a uno de éstos y le decimos:

—Caramba, don Tiburcio, está usted reboseando salud. ¡Vaya unos colores!

—Esto — contesta tristemente — no es natural. Estoy amagado de una apoplejía fulminante ¡Probablemente no llegaré a mañana!

En fin, es una delicia tratar con gente semejante... Pidamos a quien corresponda que se les incluya en el catecismo y así podremos leer, por ejemplo: «Bienaventurados los aprensivos porque ellos, darán la lata...»

JOVIALES Y CHISTOSOS

Hay en el género humano, en la clase correspondiente al grupo macho o masculino que decimos los gramáticos, diversas categorías, lo mismo que sucede en cualquier orden de los articulados, o moluscos, etc. Así como en los besugos, por ejemplo, los hay de ojo claro, escamados, de muchas agallas y tal, en los hombres hay muchísimas agrupaciones o piaras o manadas, como se las quiera llamar, que el flamante Diccionario de la que limpia, fija y da esplendor, tiene su buena sarta de nombres para cada cosa.

Las dos categorías de joviales y chistosos, aunque parecen una sola, son dos completamente distintas. El hombre chistoso es un ser que parece vivir exclusivamente de narrar e inventar chistes y hacer retruécanos, generalmente con menos gracia que un lapiz tinta. El jovial, en cam-

bio, ríe a mandíbula batiente las gracias y patochadas del chistoso; de su boca salen borbotones de risa bulliciosa que a veces contagia a cuantos están a su alrededor.

Os presentan a un chistoso a quien en la vida habéis tratado y recíprocamente, como dicen los textos de matemáticas. Lo natural es que el sujeto aquel esté después de la presentación con la corrección y formalidad que entre personas bien nacidas y educadas debe usarse. Pues no señor; en cuanto tenga ocasión que a él le parezca propicia soltará el chiste como quien dispara un trabucazo y se quedará tan fresco.

—*Aquí* este amigo—dice el presentante refiriéndose al chistoso y dirigiéndose al presentado—tenía muchas ganas de conocer a usted.

—Sí señor—responde el chistoso—muchas ganas.

Y encarándose con su amigo:

—Muchas ganas, pero muchas pierdes también cuando juegas al monte.

Si el chiste es escuchado solamente por personas sensatas, no tiene consecuencias, pero debiera tenerlas. Si en la reunión hay un jovial, reventará de risa, así como sueña y dirá comentando:

—¡Qué hombre más gracioso!

Claro está que tanto los chistosos como los joviales tienen sus quiebras. El chiste inoportuno, retorcido, rebuscado, produce

náuseas; la risa boba y estrepitosa, molesta casi siempre porque puede herir susceptibilidades creyéndose burlado el que la oye. De *modo y manera* que, tanto los joviales como los chistosos están expuestos constantemente a ganarse un *mamporro* con la mayor facilidad del mundo, o como decía el otro, tienen a todas horas hipotecadas las narices.

VIEJOS Y NIÑOS

La tarde otoñal va muriendo lentamente. En el paseo amplio y elegante de la urbe, va tendiendo el crepúsculo su impalpable velo de sombras, convirtiendo las figuras de los paseantes en borrosas siluetas...

El vienteccillo sutil que maligno juguetea en el espacio, arrastrará las hojas que el destino hizo morir al llegar el otoño y que al rodar arañan la tierra que dejó de fecundarlas.

Es la hora indecisa, tristonada en que el paseo va a quedarse solitario... En grupo, mejor, en fila, unos viejos regresan cachazudamente a la ciudad, después de haberse bañado con ansia, con delicia, en la luz del sol de otoño, de ese sol de Octubre que parece una bendición del cielo.

CamINAN en silencio; todos aquellos ancianos son amigos y, sin embargo, no se hablan, como si la melancolía del anocheecer embargase sus espíritus; van marchando pausadamente, con la solemnidad de la vejez; algunos pies se arrastran gotosos, y los bastones se mueven acompasados, sin

oscilaciones, como si estuviesen poseídos de la misión que tienen de apoyar la marcha de sus dueños. De vez en vez, un carraspeo de toses asmáticas y cascadas, turba el silencio...

¡Triste es la vejez en el otoño! Ese misterio del «más allá» parece envolver a los viejos, y esa inquietud que siente la vida en su ocaso, se hace más intensa en las caducas almas, al declinar las tardes otoñales... Y los ancianos avanzan calmosos y en silencio en busca del comfortable hogar...

Poco detrás de ellos, unos cuantos niños corretean en loca confusión; sus risas, sus vocecillas frescas, parecen entonar un himno a la vida, y el vientecillo sutil, engendrador de pulmonías, acaricia amoroso las rubias y sedosas cabelleras... Corretean, adelantan a los viejos y ensordecen por un instante con su ruidosa alegría, heraldo de sus vidas plenas, las toses asmáticas y cascadas que anuncian el ocaso de otras vidas...

EL CORNETILLA

Desde el borde de la acera, rodeado de curiosos, he visto desfilas la fuerza que acudía al relevo de la guardia en el Real Palacio. No sé qué extraño influjo ejerce cualquier desfile de tropas en las calles de la capital; ello es que el hormiguero humano que puebla las aceras se aquieta, se paraliza, mientras desfila marcial la tropa y el paso de la bandera marca una estela, como soplo leve, que levanta sombreros, saludando... La música, con sus diversos instrumentos, desgrana notas alegres que, a modo de nimbo, parecen flotar entre los brillantes reflejos de los cuchillos ajustados a los fusiles, y los metálicos y potentes sonidos de la banda de cornetas son el tinte guerrero de aquel cuadro de luz y vida.

Entre los cornetas llama la atención un niño. Rara será la banda que no cuente en sus filas algún simpático y vivaracho adolescente... Yo le veo desfilas marchando al paso largo, ajustándose con sus piernas cortas al paso ordinario de sus compañe-

ros; en su mirar franco, risueño, infantil, se descubre la gravedad con que trata de revestir su alma de niño, que en aquel momento *juega a los soldados*, y la circunspección y seriedad que a todo soldado comunica la disciplina de la vida militar. Aquel niño es un hombre, aquel niño es un soldado de la Patria y, como todos los que visten el honroso uniforme, pertenece a la *Religión de hombres honrados*, como dijo Calderón... Se aleja en su marcial desfile, y las notas de su corneta, al mezclarse con las de las demás arrancadas de pulmones recios de hombres, son como infantiles protestas de amor a la Patria y promesas de heroicidades y sacrificios.

Y mientras en mi mente se graba el más profundo sentimiento de admiración hacia el niño soldado, la tropa sigue caminando con gallardía a la derecha de la bandera de la Patria, que, como un soplo leve de patriotismo produce una estela que levanta sombreros que saludan...

LA MUJER-LIBRO

Un escritor contemporáneo cuyo nombre he de callar, dice que la mujer es un libro en el cual escribe Dios el prólogo, el fondo los hombres, y el epílogo lo hacen o Dios o el demonio, según sea buena o mala la obra que los hombres escriban en sus páginas.

He aquí una figura retórica como un templo, aunque parando un poco la atención se ve que no es necesario que la imaginación se esfuerze mucho para considerar a la mujer como un libro.

Verbi gratia:

Una mujer sin cultura, sin educación, de esas que al hablar *cocean* (que las hay), «libro en rústica».

Otra, con su buen golpe de dote, «libro en *pasta*».

Una de peso, vamos, de libras, «un buen *tomo*».

Las coquetas y tal, que se dejan *acariciar*, «*manuales*».

Quedamos, pues, en que el citado escritor contemporáneo estaba en lo cierto al

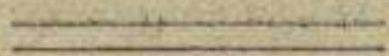
hacer tal comparación. En lo que no están conformes los autores, ni el lector tampoco, es en lo *otro*.

Porque quiere decirse que el hombre es quien guía a la mujer, quien forma su *yo*--léase *ella*--, y no hay tal.

El hombre tira de lápiz o de pluma--otra figura retórica--y se dispone a escribir en las páginas centrales del libro que le cabe en suerte, una obra buena, una obra perfecta. ¿No es esto?

Pues bien; suele suceder--y que lo digan los maridos predestinados--que algunos *libros de esos* tienen un papel tan en-diablado que se corre la tinta.

Y ¡claro!... todo se vuelven borrenes...



XXXIX

FRASES HECHAS

Cualquiera diría que todos los españoles nos hemos impuesto la obligación de lanzar las mismas frases en determinados momentos, en ciertas ocasiones.

Tal como es nuestro modo de ser, se nos hace imposible sustraernos a la regla general y tenemos en nuestro magin una colección de frases hechas y usuales que vamos soltando cuando lo consideramos conveniente.

Y lo más célebre del caso es que esas frases, estereotipadas, por decirlo así, frases de *cliché*, no expresan exactamente el estado de nuestro ánimo y casi siempre las empleamos mintiendo.

Veamos algunas de ellas y aduzcamos pruebas al canto.

—*¡A los pies de usted!... ¡Beso a usted la mano!*

Mentira...: Se dice, pero no se siente. ¿A que no es usted capaz de poner la nariz

junto a unos pies que puedan oler mal, ni besar una mano que acaso esté sucia?

Sigamos.

— *¿Cómo está usted? ¿Y la familia?*

Seguro, segurísimo que en noventa y nueve por ciento de los casos nos tiene sin cuidado nuestro interlocutor y su respectiva familia. ¿No es verdad?

— *Que usted lo pase bien...* Otra mentira; no nos importa ni nos preocupa el que lo pase bien, ni el que lo pase mal.

En las esquelas de defunción: «*Su desconsolado esposo (o esposa)*»... ¡Cualquiera es capaz de creer rotundamente en el desconsuelo del viudo o de la viuda!

En los partes de boda: «*Participan a usted su efectuado enlace*»... Ahí no se miente, pero es una frase descarada, así como sueña. Es decir, que ya se *efectuó* todo, todo lo relativo al enlace. ¡Vayan ustedes con Dios... y que aproveche!

Se participa el nacimiento de un hijo, y ya se sabe:

— *Tiene usted un nuevo servidor.*

O lo que es lo mismo, que se compromete usted bajo su palabra a mandar de criado a su hijo a la casa del amigo o conocido.

Hace usted un favor. Le dan las gracias y tiene que decir:

— *No hay de qué.*

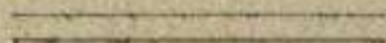
Y así sucesivamente.

Si se fuesen a rebuscar *frases hechas* de esta clase, sería el cuento de nunca acabar.

Nadie sabe el origen de estas frases. Hay quien supone que se pierde en la noche de los tiempos, como dicen algunos sabios.

Y hay que suponer también que su uso seguirá por los siglos de los siglos.

Amén.



LA MURMURACIÓN

¡Qué pestes solemos lanzar contra la murmuración! ¡Qué desprecio, qué asco nos suele causar todo el que murmura!

Y sin embargo, la murmuración es conveniente, necesaria y hasta agradable.

Así como la religión es un freno para los excesos de la humanidad, la murmuración es otro freno aunque ¡claro está! completamente distinto, pero freno al fin.

Hay quien teme tanto al *qué dirán*, como a un toro de Miura. Muchas veces no se peca porque tras el pecado se ve, no la penitencia, sino la murmuración.

¡Cuántas veces nos abstenemos de hacer cualquier *perrería* por miedo a que nos pongan *verdes*!

Además, el murmurar establece siempre una especie de pacto de sociabilidad entre las personas. Reúnanse varias personas, pónganse a murmurar de todo bicho vivo, y a los cinco minutos de emplear la *tijera* ¡todos íntimos amigos!...

INDICE

- Dedicatoria.
A modo de prólogo.
I.—La cantaora.
II.—Hombres y pájaros.
III.—¡Bah!...
IV.—Emigrantes.
V.—La era.
VI.—La plaza de la aldea.
VII.—La humanidad y la estética.
VIII.—Cuestión de prendas.
IX.—Vanitas, vanitatum.
X.—¡Bolsa del trabajo!
XI.—El juego.
XII.—Fomento del pecado.
XIII.—Todos filósofos.
XIV.—Democracia.
XV.—El árbol de la Patria.
XVI.—Soñar y llorar.
XVII.—Socialismo.
XVIII.—Paradoja.
XIX.—Hiperbolismo.
XX.—Enemigos y penas.
XXI.—Obreros humildes.
XXII.—Saludo al progreso.
XXIII.—Niñerías.

- XXIV.—¡Llegó el invierno!
XXV.—Decía Larra...
XXVI.—Amor moneda.
XXVII.—Maquinitas.
XXVIII.—La pastora.
XXIX.—La boca femenina.
XXX.—La ley.
XXXI.—La mujer filósofa.
XXXII.—Boxeo y toros.
XXXIII.—El regreso de los segadores.
XXXIV.—Los aprensivos.
XXXV.—Joviales y chistosos.
XXXVI.—Viejos y niños.
XXXVII.—El cornetilla.
XXXVIII.—La mujer-libro.
XXXIX.—Frases hechas.
XL.—La murmuración.
-



Excma. Diputación Provincial de Cáceres
Delegación de Servicios Culturales

1.^a Exposición del Libro Extremeño



Expositor

Baldomero de la
Almadraba

Cáceres

Precio: 75 cts.

